

Ejército y Nación. Un estudio sobre las estrategias de inscripción de lo/as oficiales del Ejército Argentino en la comunidad nacional

Army and Nation. Argentine Army's officers and their strategies to be part of national community

Valentina Salvi

Instituto de Investigaciones Gino Germani - Universidad de Buenos Aires
Universidad Nacional de Tres de Febrero
CONICET
Núcleo de Estudios sobre Memoria-IDES
Argentina
valentinasalvi@hotmail.com

Cita sugerida: Salvi, V. (2013). Ejército y Nación. Un estudio sobre las estrategias de inscripción de lo/as oficiales del Ejército Argentino en la comunidad nacional. *Sociohistórica*, nº 32, 2 do. Semestre de 2013. Recuperado de: <http://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SH2013n32a01>

Resumen:

Figuras tales como "reserva moral de la nación" o "salvadores de la patria" dan cuenta no sólo del lugar privilegiado que el ejército mantuvo en su vínculo con la nación sino también de un tipo legítimo de agencia que debía ejercer. Luego del terrorismo de Estado y de la derrota de guerra de Malvinas, en un contexto de pérdida de prestigio y declinación de la elite militar, lo/as oficiales se ven obligados a gestionar las relaciones de reconocimiento mutuo que establecen con la sociedad y la nación de las que son parte. A partir del análisis e interpretación de las representaciones, creencias y valores que lo/as oficiales actualizan en el ejercicio cotidiano de su profesión, el propósito de este trabajo es dar cuenta de los sentidos que, provenientes del pasado pero también sujetos a los cambios y necesidades del presente, enmarcan, alimentan y sostienen un tipo de inscripción de la agencia histórica de la fuerza en la comunidad nacional.

Palabras clave: Nación, Ejército, Profesión Militar, Representaciones

Abstract: Figures such as "moral reserve of the nation" or "saviours of the fatherland" account for not only the privileged place that the army maintained in its bond with the nation but also for the kind of legitimate type of agency that it should exercise. After the state terrorism and the Malvinas War defeat, in a context of declining prestige of the military elite, the officials are forced to manage relationships that establish mutual recognition to the society and the nation of which they are part. Drawing on the analysis and interpretation of the representations, beliefs and values that the officers actualise within the daily exercise of their profession, the purpose of this work is to account for the meanings, that come from the past but are also subject to change and needs of the present, which frame, nurture and sustain a kind of inscription of the historical agency of the army in the national community.

Keywords: Nation, Army, Military Profession, Representation.

A lo largo del siglo XX, después de lograr la centralización definitiva de las milicias provinciales y de la Guardia Nacional de Buenos Aires en el ejército profesional, la relación entre el Ejército Argentino y la nación se articuló en torno a sentidos y prácticas que sirvieron para conformar la identidad institucional de la fuerza y el ethos de los cuadros. Figuras tales como “reserva moral de la nación”, “salvadores de la patria”, “creadores de la nación”, “portaestandarte de la nación”, “guardianes de la patria” dieron cuenta de no sólo del lugar primordial que el ejército mantuvo en su vínculo con la nación sino también del tipo legítimo de agencia que estaba llamado a ejercer en la vida social y política por más de 70 años. Sin embargo, luego de las violaciones a los derechos humanos cometidas durante la última dictadura militar (1976-1983) y de la derrota en la Guerra de Malvinas (1982), y en un contexto de pérdida de prestigio y declinación de la elite y de la profesión militar¹, tanto lo/as oficiales como la institución se vieron obligados a reelaborar y gestionar las relaciones de reconocimiento mutuo que establecen con la comunidad nacional de la que son parte. La pérdida del poder político y social, que acumulado por el ejército desde comienzo de siglo XX redundó en el fortalecimiento de su autonomía y en un posicionamiento privilegiado al interior del aparato estatal, se profundizó con la reducción creciente del presupuesto nacional para el área de defensa (desde 1983), los sucesivos levantamientos “carapintadas” durante la primera década de democracia (1987- 1990), la ley de defensa nacional que excluye la acción de las fuerzas armadas en asuntos interno (1988), el fin del programa doctrinario de la “Guerra Fría” (1989) y el reemplazo del servicio militar obligatoria por el servicio militar voluntario (1995).

De cara a un pasado autoritario y criminal por el que diversos sectores de la sociedad argentina les exigen explicaciones, atentos a un nuevo rol institucional en la vida política y exigidos a incorporar políticas de democratización y modernización de sus tradiciones institucionales y prácticas organizacionales, los hombres y mujeres que componen el Ejército Argentino se ven obligados a reelaborar y gestionar los símbolos y sentidos que están disponibles en los marcos culturales de la fuerza para concebir y establecer un nuevo vínculo con la sociedad civil e imaginarse como parte de la nación. Con el propósito de dar cuenta de las continuidades y rupturas en los modos de establecer las relaciones entre ejército-nación-sociedad, el trabajo se propone indagar en las representaciones sobre la profesión militar y la comunidad nacional que lo/as oficiales del Ejército Argentino actualizan cuando refieren al ejercicio de su “vocación de servicio” como “soldados” preparados y comprometidos en “dar la vida por la patria”.

Con Weber (2008) y Durkheim (2003) sabemos que el ejercicio de una profesión requiere tanto de contenidos técnicos y formales especializados propios de los saberes expertos

como de una dimensión trascendente y altruista con fuertes implicancias morales y simbólicas. La profesión, en tanto régimen de vida, sostiene Weber (2008), moldea las representaciones y construye un imaginario cosmogónico alrededor de valores que conforman una ética de acción. Por su parte, Durkheim (2003) también afirma que la profesión es más que las competencias técnicas específicas, sino más bien una moralidad que estimula la cohesión social y el apego de los individuos al grupo. En suma, la profesión/ocupación, en tanto régimen de vida (Weber, 2008), moldea las representaciones y colabora en la construcción de un imaginario cosmogónico alrededor de valores que conforman, entre otros constructos simbólicos, las ideas de nación y de Estado-Nación que los sujetos poseen en determinados momentos de su trayectoria vital.

En la profesión militar, la dimensión altruista-trascendente le da al ejercicio de la actividad un carácter sagrado y misional asociado a nociones tales como *acto de servicio*, *sacrificio*, *amor a la patria*, *defensa de la nación* y un marcado rol moralizador que se expresa en valores como *lealtad*, *entrega*, *abnegación*, *compromiso* y *coraje*. Ambos elementos enmarcan simbólicamente y moralmente la *expertise* y racionalidad técnica propias del ejercicio del mando y de la cohesión de una profesión que debe afrontar situaciones de guerra donde hay riesgo de vida de manera constante. En las entrevistas y experiencias focales entre oficiales del ejército se observa que la actividad profesional específica –sean de arsenales, enfermería, cuerpo comando, intendencia, o incluso del cuerpo profesional- se enmarca no sólo en valores y normas morales que definen a la profesión militar como diferenciado de otras profesiones y la convierten en única e incomparable, sino también en un conjunto de sentidos trascendentes, altruistas y misionales que definen el lugar y la agencia específicas de la fuerza en la comunidad nacional.

El análisis e interpretación de las representaciones, creencias y valores y las formas de identificación que lo/as oficiales actualizan en el ejercicio cotidiano de su profesión permitirá indagar en los sentidos, símbolos e imágenes que, provenientes del pasado pero también sujetos a los cambios y a las necesidades del presente, enmarcan, alimentan y sostienen un tipo de inscripción de la agencia histórica de la fuerza en la comunidad nacional. A partir de un corpus de entrevistas, grupos focales, charlas informales mantenidas con oficiales varones y mujeres del Ejército Argentino entre 2009 y 2011², este artículo busca reflexionar sobre los marcos culturales que estimulan un tipo de relación ejército-nación-sociedad, pero también en las estrategias y las expectativas que lo/as oficiales producen y actualizan para lograr el reconocimiento social y la dignificación de la profesión militar en un contexto de transformación institucional de las fuerzas armadas.³ De modo tal que se buscará dar cuenta de los modos a través de los cuales lo/as militares imaginan a la nación que sirven y su

vínculo con la sociedad de la que son parte, por un lado; y de las estrategias para responder a las imágenes y críticas que los civiles les devuelven en sus contactos cotidianos, por otro lado.

Figuras de la nación y de la profesión

A lo largo de un siglo, desde la conformación del Ejército Nacional a finales del siglo XIX, figuras tales como “reserva moral de la nación”, “salvadores de la patria”, “creadores de la nación”, “portaestandarte de la nación”, “guardianes de la patria” han encarnado los modos a través de los cuales el Ejército Argentino estableció la relación entre la nación y la profesión militar. En la conformación de estas tradiciones institucionales, la nación y la profesión castrense se funcionaron en torno al valor excepcional que diferencia a las instituciones militares de otras agencias y funcionarios estatales: “dar la vida en defensa de la patria” como un “acto de servicio”. Sin embargo, esta relación entre nación, vocación y práctica profesional que la noción de “acto de servicio” reúne adquirió sentidos y valores distintos en función de momentos históricos particulares. En este apartado, se realizará una breve recorrido por los momentos históricos más significativos en la configuración de las representaciones de los militares sobre la relación entre nación y profesión.

Hacia finales del siglo XIX, con la centralización del ejército de línea –de índole escasamente profesional y bajo comandancia de la presidente de la República- y de la Guardia Nacional –conformada por ciudadanos bajo poder real de los gobiernos provinciales- en un Ejército Nacional, se logró el control efectivo del uso de fuerza por parte del Estado nacional (Sabato, 2010). Cuando el ejército comenzaba a constituirse en una burocracia estatal, a autorregular su carrera interna y a establecer un esquema de ascensos y sanciones, se le asignaron tareas que iban más allá de las estrictamente militares de defensa y que contribuyeron a la construcción de un modelo de profesión castrense que articulaba destrezas y saberes técnicos con misiones civilizatorias de índole nacional (De Privitellio, 2010: 208). Con la tarea de relevamiento y confección de la cartografía del territorio nacional, el ejército pasó a ocupar un rol central en el proceso de construcción del componente territorial de la identidad nacional. La elaboración del mapa nacional y la naturalización de la identidad territorial resultaron ser al mismo tiempo un desarrollo de tipo técnico y una tarea de carácter misional llevada a cabo por el ejército como agencia estatal. Con la ley del Servicio Militar Obligatorio en 1901, el ejército se abocó a una tarea que tuvo un fuerte sentido nacional y civilizatorio: inculcar la conciencia nacional y el sentimiento patriótico entre una población masculina con una fuerte presencia de inmigrantes.⁴ Mas allá del adiestramiento técnico y militar de los jóvenes varones para la guerra, la llamada conscripción significó una misión que colocaba a los oficiales por encima de sus

conciudadanos como “portaestandartes de la nación”, es decir, como escuela de moralidad y valores nacionales (Badaró, 2006: 9). Por último, la ley Saenz Peña de voto secreto y obligatorio para la población masculina, que se implementó a partir de los padrones confeccionados por el ejército, otorgó a los oficiales la tarea de “guardianes” de los comicios y de las urnas.⁵

No obstante, a partir de la década del 30’, cuando el ejército ya era una burocracia altamente organizada, se produjo un crecimiento de la influencia de la Iglesia Católica en la formación de la oficialidad. Según Loris Zanatta (2005), la Iglesia Católica que se había quedado sin un espacio de peso en la formación del Estado Liberal de las primeras décadas del siglo XX, se lanzó a la conquista del ejército. En sintonía con la doctrina de la Iglesia Preconciliar que se oponía al mundo liberal y democrático, la vicaría castrense ofreció a los jóvenes oficiales una visión integrista, corporativa, antisemita, nacionalista y antiparlamentaria opuesta a la noción liberal de igualdad de derechos. Valores asociados a una “nación católica” en oposición al Estado Liberal sentaron las bases para la identificación de la nacionalidad argentina con el catolicismo y este comenzó a inspirar la función pública de los oficiales del ejército. En aquellos años, el ejército buscaba no sólo inculcar el sentimiento patriótico a los varones argentinos sino salvar a la patria identificándola con la fe católica (De Privitellio, 2010: 215). Los oficiales del ejército se formaron en una visión neotomista que fomentaba la idea de “jerarquías naturales” entre los individuos y, en este registro, se abonaba la percepción de “superioridad moral” de los hombres del ejército sobre el resto de la sociedad. El vínculo entre iglesia y ejército se basó, sostiene Zanata (2005: 33), en la creencia compartida de ser depositarios de las tradiciones nacionales y religiosas frente a fuerzas disolventes y antipatrióticas como el liberalismo y especialmente el socialismo. Al tiempo que implicó la revisión del concepto de nación elaborado por el liberalismo y la catolización de la historia nacional de las que el ejército iba adquiriendo una función tutelar. La llegada del pensamiento católico integrista al seno del ejército provocó un desplazamiento de la institución castrense desde su lugar como servidor del estado liberal a la tarea de protección de los valores inmutables del “ser nacional” (Zanata, 2005: 55).

Siguiendo esta línea, Badaró (2006: 15) muestra que, durante los dos primeros gobiernos peronistas (1946-1955), en las convocatorias para el ingreso de nuevos cadetes al Colegio Militar de la Nación se asociaba a los oficiales con la tarea de resguardar al mismo tiempo el “honor militar” y el “honor de la nación”. De este modo, se producía una suerte de identificación entre la “custodia” y “preservación” de los valores militares y de las tradiciones de la nación. Durante este período, se fueron construyendo los sentidos y símbolos que emparentaron a los cuadros con la figura de la “reserva moral de la nación”. La carrera

militar adquirió un aura sagrada a partir del carácter excepcional de los valores morales que detentaba diferenciándose de otras profesiones y colocándose afuera de la sociedad en una posición al mismo tiempo de “reserva” y de “guardia”. “Salvaguardar los mas sagrados intereses de la patria” se volvió una tarea que implicaba “preservar y defender el honor de los militares que llevaron adelante esta custodia.” Aquí las figuras de la nación y de la vocación se amalgamaron bajo la noción de “servicio a la patria”.

A partir de la revolución libertadora (1955) y con la llegada de la Doctrina de la Seguridad Nacional y de la Guerra Contrainsurgente en el contexto de la guerra fría, la vocación de servicio en defensa de la “nación católica” se completó con la preocupación por la guerra revolucionaria y la amenaza de la “subversión interna”. Una agencia inscripta en la defensa de valores que se consideraban permanentes colocaba a los militares al mismo tiempo dentro y fuera de la sociedad. En una organización en la que se llama a “dar la vida por la patria”, la tarea de defensa de los valores “occidentales y cristianos” se presentó como garantía última de reproducción de valores nacionales que el ejército detentaba. Como “salvaguarda”, “garantía” o “reserva”, el ejército se preparó para al aniquilamiento de los “enemigos de la patria” (García, 1995: 41).

Durante la última dictadura militar y los años de la transición democrática, los sentidos y símbolos en torno a la nación y a la profesión militar estuvieron atravesados por el posicionamiento de los integrantes del ejército respecto de lo actuado durante la llamada “lucha contra la subversión”. Si bien, se vio obligado por la sociedad civil a responder por los desaparecidos y por el robo de bebés, incluso los comandantes y algunos generales tuvieron que afrontar los estrados judiciales, el ejército continuó aferrándose a la figura de los “vencedores de la guerra antisubversiva” y los “salvadores del patria” (Salvi, 2012). Esta visión triunfalista del pasado se afirmaba en la creencia que la supervivencia de las instituciones democráticas se debía a que los militares vencieron en “una guerra justa y necesaria contra la subversión”.

La rendición militar en las islas Malvinas en junio de 1982, primero, y los relatos de abusos de autoridad y actos de cobardía de los oficiales del ejército, segundo, contribuyeron a la caracterización social de la Guerra de Malvinas como una “guerra absurda” y de los militares como “irresponsables y cobardes”. Como consecuencia de ello, y como muestra Guber (2001: 114), Malvinas tomó así dos sentidos sociales distintos: como sinónimo del Proceso, esto es, el mal uso que los militares hicieron de la causa Malvinas; y como sinónimo de la Nación, es decir, la causa nacional, una “cuestión de los argentinos”. A raíz de esta desvinculación entre la experiencia de la guerra y los sentimientos nacionales en el contexto de la llamada desmalvinización⁶, le resultó muy difícil al Ejército Argentino presentar

públicamente la Guerra de Malvinas como una gesta nacional y heroica. Es más, la guerra de Malvinas no podía ser reivindicada por el ejército y sus cuadros sin aceptar los errores y la necesidad de purgar las propias filas (Guber, 2001: 139).

A mediados de la década del 90, luego de las declaraciones públicas del capitán Adolfo Scilingo y del ex-suboficial del ejército Víctor Ibáñez que contaban cómo se arrojaron personas vivas al mar, así como el mensaje del jefe del ejército, general Martín Balza, que reconocía la tortura y la desaparición de personas perpetradas por oficiales de la fuerza, el Ejército se quedó sin *chance* de continuar presentándose ante la opinión pública como los “salvadores de la patria de la amenaza marxista” o como los “vencedores de una guerra justa contra el enemigo subversivo” (Badaró, 2009: 311). En dicho mensaje, el general Balza presentó la imagen de un ejército que se reconocía subordinado a la Constitución Nacional y a los poderes civiles, alejado del legado del Proceso de Reorganización Nacional. El nuevo siglo encontró al Ejército en una situación de pérdida de protagonismo en la vida política nacional, escaso prestigio social, crisis presupuestaria y vacío doctrinario, aunque con amplios márgenes de autonomía (Badaró: 2013)

Desde 2003, con las presidencias de Néstor Kirchner (2003- 2007) y de Cristina Fernández de Kirchner (2007-2011) aparecen nuevos sentidos y símbolos en torno a la relación ejército y nación. Se comenzaron a revalorizar figuras y acontecimientos de la historia del ejército que le devuelven a la institución un rol estratégico en el desarrollo nacional. Las figuras de los generales Manuel Savio, Enrique Mosconi, Benjamín Matienzo y Hernán Pujato, incluso del general Juan Domingo Perón, son revalorizadas para destacar el papel del Ejército Argentino en el desarrollo científico, tecnológico y productivo de la nación. Figuras tales como el “estratega”, el “expedicionario”, el “científico”, el “precursor” comienzan a enmarcar un nuevo tipo de agencia histórica del ejército en la comunidad nacional.

Decadencia y orgullo: sentidos en torno a la profesión militar.

Tanto en los festejos del Bicentenario, en especial en el desfile militar en la avenida 9 de Julio del día 22 de mayo de 2010, pero también otras desfiles realizados en ciudades del interior del país en diversas celebraciones, como el encuentro y relacionamiento cotidiano con civiles en otros lugares de trabajo, de estudio y esparcimiento, o simplemente la calle o el transporte público, incluso el hecho que sean tema de interés para los investigadores universitarios, representan -desde la perspectiva de lo/as oficiales- eventos y escenarios altamente significativos. En todos ellos se recrean sentidos y tensiones en torno a la relación que el ejército y sus cuadros establecen con la nación y la sociedad. Si bien, y como ya mencioné oportunamente, tanto el ejército como sus cuadros establecen un vínculo

privilegiado con la comunidad nacional a partir del valor simbólico que tiene para el ethos militar el principio de “dar la vida por la patria”. Sin embargo, luego de la violencia perpetrada durante el terrorismo de Estado y de la derrota de Guerra de Malvinas, en un contexto de pérdida de prestigio y declinación de la elite y de la profesión militar⁷, lo/as oficiales se ven obligados a evaluar, explicar, imaginar y gestionar las relaciones de reconocimiento mutuo que establecen con la comunidad nacional de la que son parte. En efecto, las formas de reconocimiento social, y también de menosprecio, se presentan en la vida militar como tópico que organiza y determina las estrategias de valorización de la profesión militar y del rol desempeñado frente a los otros en la comunidad nacional.

Además, en un contexto de escasez de recursos e insumos técnicos y deterioro de la infraestructura y el equipamiento, lo/as militares se refieren a su oficio como una labor técnica o una especialidad y al desempeño de sus tareas como una “lucha”. El sentido de la palabra “lucha” adquiere así una doble significación: por un lado, se trata de una “lucha” en la que se “defienden los intereses de la nación” “dejando la vida” no sólo por ella sino también por el ejército; y por otro lado, el trabajo cotidiano se convierte en una “lucha” frente a condiciones desfavorables como los bajos salarios, las excesivas jornadas de trabajo en las “que se sabe a qué hora se entra pero no a qué hora se sale”, el cúmulo de tareas que deben cumplir y el “servicio de semana” que es de viernes a viernes. No obstante ello, esas mismas condiciones desgastantes son motivo de “orgullo” para lo/as uniformado/as puesto que “hacen que sea todavía mas valorable” el trabajo que cotidianamente desempeñan en las dependencias castrenses. Las condiciones económica y técnicamente desfavorables de la profesión militar resultan pues moralizadas a través de la figura castrense del sacrificio. Y es justamente por esta condición sacrificial, el hecho de “estar dispuestos a pasar un montón de cosas”, lo que hace que lo/as militares se sientan “diferentes al retos de la población civil”. Aunque esto, explicaban durante las entrevistas, no los hace “unos extraterrestres”.

Además del recurso colectivo de valorizar con elementos altruistas-transcendentes propias de moralidad militar una profesión que se ejerce en condiciones de deterioro técnico y económico, lo/as oficiales buscan, necesitan y esperan el reconocimiento de los otros, de los no-militares, de la sociedad en general. Frente al declino de los elementos que garantizaron la excepcionalidad de la profesión, lo/as militares no solo se refugian en los valores morales de *sacrificio*, *entrega*, *abnegación*, *compromiso* que refuerzan las diferencias entre el mundo civil y la vida militar sino que buscan mostrar la función socialmente útil del trabajo que desempeñan para lograr reconocimiento social. Aquí el peso de las propias convicciones morales deja paso los valores intersubjetivamente compartidos para conseguir un lugar

socialmente reconocido como miembro de una comunidad más amplia. En este contexto general de desprestigio y deterioro de la profesión, lo/as oficiales buscan reforzar la idea de que el ejército es parte de la sociedad y, por tanto, de la nación. Y los “militares” al igual que otras profesiones y oficios como los “médicos”, las “maestras”, los “albañiles” “trabajan todos los días”, “todos los que se levantan a la mañana todos los días para hacer algo bueno por este país”. La nación resulta aquí el elemento aglutinante de valores intersubjetivos que le da a la profesión un lugar en la división social del trabajo. En efecto, el reconocimiento de los otros, “de la población”, se presenta como una cuestión central en el quehacer militar puesto que articula al mismo tiempo la necesidad de conseguir la dignidad de ser miembro de la comunidad y que sus cualidades morales diferenciales sean reconocidas. Veamos estas cuestiones en palabras de unas jóvenes oficiales

Teniente, mujer: Y nos revitalizan, nos dan fuerza, con tan poquito, el reconocimiento de la población es muy importante, y saber que estamos haciendo las cosas bien.

¿Con qué tiene que ver el reconocimiento para ustedes?

Teniente Primera, mujer: Con la aceptación. De que podemos llegar a tener iguales o diferentes pensamientos. De que ellos pueden hacer patria levantándose día a día, yendo al colegio a estudiar, trabajando, y que también nosotros hacemos patria en diferentes puntos del país donde nos mandan y haciendo diferentes actividades. Ella en comunicaciones, en intendencia siendo contadora, nosotras, los médicos como médicos, los infantes haciendo sus cosas.

Teniente, mujer: Además es como que en el interior se lo necesita al ejército y el ejército está para la población. Para hacer locro, para chocolate, para que vayan los chicos a aprender, para trasladar a los chicos, sobre todo a escuelas y todo eso; y acá es como que no se lo utiliza al ejército. En las provincias es un montón, en inundaciones, en campañas sanitarias, es acá en Buenos Aires donde todo es más frío. Allá nosotros visitamos a los mapuches en Neuquén e intercambiamos con ellos y todo y nunca hubo un problema de nada. Acá se ve ese corte.”
(Grupo Focal, Colegio Militar, noviembre de 2010)

La calle, el tren, la universidad u otro lugar de trabajo tanto en Buenos Aires como el interior del país se presentan para lo/as uniformado/as como un barómetro que permite testear no sólo las relaciones de reconocimiento mutuo (y también de menosprecio) que mantienen con la sociedad sino también la imagen de sí mismos que esta les devuelve. En el imaginario de lo/as oficiales, la calle representa el terreno en el cual se materializa cotidianamente la relación entre el ejército y la sociedad, entre civiles y militares, entre el “adentro militar” y el “afuera no-militar”.⁸ El hecho que lo/as oficiales eviten andar con uniforme por la ciudad o en el transporte público, o sólo lo hagan por lugares que resultan conocidos y familiares,

muestra que buscan eludir la visibilización de su condición militar y los conflictos que ella puede desatar. Como afirma Badaró (2009: 336) sobre los cadetes del Colegio Militar, el “afuera no militar” no solo remite a personas, grupos, instituciones o ideas sino también a lugares, territorios o escenarios. Entre ellos, la Plaza de Mayo representa el territorio más hostil de la ciudad de Buenos Aires como lo expresa un joven teniente de 26 años.

Yo me iría tranquilarme de acá, así como estoy uniformado a cruzar la Plaza de Mayo. Pero no me puedo atrever a cruzar un día por acá por Plaza de Mayo, es terreno prohibido para cruzar así. (13 de agosto de 2009)

Las ciudades se convierten en el escenario en el cual se materializan cotidianamente las “relaciones cívico-militares” y las tensiones en torno a la memoria del pasado reciente. Mientras la ciudad de Buenos Aires es presentada como el paradigma de las relaciones conflictivas que la institución mantiene con la sociedad, las ciudades del interior país asumen la imagen idealizada de las relaciones entre civiles y militares que pueden ser definidas como cordiales y amigables, pero sobre todo de “respecto a la investidura”. En el interior, el pasado reciente de las fuerzas armadas no aparece como fuente de conflictos, de hecho, la dictadura no constituye un hecho significativo, desde la mirada de lo/as oficiales. En cambio, en las grandes ciudades, como Buenos Aires, son descritas como espacio de hostilidades en el que se “denigra” y “discrimina” al ejército.

En el interior es muy distinto. Es más, hay un respeto digamos por la investidura. Uno ve un militar, cualquier civil que lo ve, lo saluda, hay otro trato. Generalmente cuando van de maniobra, tanto del colegio militar como del regimiento, la gente inclusive sale y aplaude. Es totalmente distinta la visión que tienen de fuerzas armadas y la policía. Acá (Buenos Aires) de por sí pegó mas el tema de la dictadura y todo, acá es como que más se denigró a la fuerza. (Teniente, varón, 15 de julio de 2009)

De igual modo, los desfiles militares en la ciudad de Buenos Aires y del interior del país reúnen un conjunto de sentidos y representaciones sobre la relación entre ejército y nación/sociedad que este trabajo se propone identificar y analizar. En primer lugar, el desfile militar del Bicentenario realizado en la avenida 9 de Julio el 22 de mayo de 2010, reproduce la diferencia entre la imagen y el lugar social que tiene el ejército en el interior y en la ciudad de Buenos Aires. Uno y otro escenario aparecen en la narrativa de lo/as oficiales adquiriendo una significación específica en función de los vínculos que establecen con el mundo civil fuera de los cuarteles. En general, la ciudad de Buenos Aires más que las ciudades del interior, la calle más que los lugares de trabajo, la universidad pública más que las universidades privadas resultan, para lo/as oficiales, lugares más hostiles a su presencia.

Teniente Primera, mujer: En el desfile del 22 que no había sido el 25, las cadetes tenían miedo de lo que podía pasar con la gente pero yo las motivé de que practicasen en el Colegio Militar y de que gritaran 'Viva la Patria' con el redoblante. Pero el día del desfile cuando gritó 'Viva la Patria', al principio gritaban en voz baja, no obstante al ver que la gente les festejaba entonces gritaron durante veinte cuerdas

¿Qué pasa con la gente?

Teniente, mujer: La gente tiene una concepción errada del ejército piensa que todo es lo mismo... yo no tengo la culpa de lo que pasó, tenía catorce años y ellas ni siquiera habían nacido (señala a sus compañeras).

Teniente, mujer: Una vez unos compañeros míos que eran cadetes estaban por tomar el tren y pasaron unos por al lado y les dijeron, seguro que éstos son policías y después dijeron, ah no, 'éstos vienen del criadero de fachos' y me da hasta bronca decirlo.

Teniente Primera mujer: Yo estudié en una Universidad y un profesor nos preguntó donde habíamos estudiado y nosotros le dijimos que acá... a partir de ahí nos empezó a señalar y a decir las militares del fondo (la entrevistada muestra una expresión de fuerte disgusto cuando expresa esto último) y el profesor nos señalaba y nos decía, porque yo estuve exiliado en Uruguay y nosotras no le contestábamos por respeto...

Lo/as oficiales despliegan diversas estrategias para afrontar y explicar las ambivalencias en el reconocimiento social de la profesión militar. Entre ellas, la estrategia que les permite a lo/as oficiales gestionar su transformación institucional e identitaria en la sociedad argentina pos-dictadura es aquella que busca mostrar y confirmar que el ejército de hoy es diferente al ejército de hace 30 años. "Los militares cambiamos", "somos militares de la democracia" y "la gente tiene una imagen equivocada del ejército" son expresiones que sintetizan una transformación institucional y un cambio de mentalidad que los oficiales buscan mostrar a los civiles. En este sentido, el hecho de participar en entrevistas y grupos focales es parte de esta estrategia para mostrar a la sociedad –en este caso a lo/as investigadore/as y profesore/as- cómo es realmente el ejército y cómo ha cambiado en los últimos años. El propósito es pues mostrar que los sentidos castrenses asociados a la idea de nación no están disociados de la noción de democracia, subordinación a la Constitución Nacional, apego a las leyes. Y así, buscan tomar distancia de cualquier manifestación de autoritarismo, fascismo y golpismo y del perfil arquetípico y casi caricaturesco del militar: gritón, rígido y prepotente. En tal sentido, el apoyo y reconocimiento recibido durante el desfile del Bicentenario de parte del público porteño se explica porque el "ejército está haciendo bien las cosas", es decir, es fruto de los cambios institucionales y generacionales

de los últimos años. Mientras que las situaciones estigmatizantes que sufren miembros de la fuerza en otros lugares de trabajo o estudio se explican por el hecho que “la gente tiene una concepción errada del ejército” o porque piensa que es “igual el ejército de hoy que el ejército de hace 30 años”.

No obstante ello, otra forma de afrontar la pérdida de reconocimiento social que sufre la profesión militar es explicar las diferencias entre los escenarios sociales, Buenos Aires y el interior del país, en clave de diferencias de valores y sentimientos nacionales y apego a las tradiciones entre la “población” de ambos lugares. La ciudad de Buenos Aires, escenario donde el reconocimiento social es más escaso, es vista como un lugar en el que el “desorden”, la “desorganización” y la “inseguridad” dan cuenta de una pérdida de los valores morales, donde sus habitantes, atrapados en la “vorágine”, muestran un mayor apego al consumo y a los medios de comunicación. En cambio, la vida en el interior del país, en sus pueblos y ciudades, resulta “menos contaminada” y con un vínculo más estrecho con las tradiciones y sentimientos nacionales, así como a valores morales asociados al *respeto* a los otros, a la patria, a la historia y a las tradiciones culturales. Zanata (2005: 33) muestra cómo se fue tejiendo esa diferencia entre capital e interior en la perspectiva católica y antiliberal de los capellanes castrenses a comienzos de siglo, quienes hacían una distinción que ponía en evidencia en las diferencias entre el “soldado del Norte” que representaba la figura del “guardián de sus tradiciones” y el soldado de la capital y de las ciudades modernas más degradado por el libertinaje, la falta de jerarquías y el consumo. De este modo, los desfiles militares durante las fechas patrias resultan indicadores del reconocimiento de la “población”, tal como muestran en esta conversación unas oficiales mujeres que se desempeñan en el Colegio Militar de la Nación:

Teniente Primera: Yo lo que noto en el interior del país, no lo noto en las grandes ciudades, es ése sentimiento patriótico, sobre todo 25 de mayo, 9 de julio, eso se nota mucho en el interior, mucha importancia hacia las tradiciones, cosa que acá, Buenos Aires, es totalmente distinto. Sin ir más lejos, en Jujuy festejan lo que es el éxodo jujeño, todos los años ellos representan el éxodo jujeño, va toda la ciudad de Jujuy, eso realmente, Tucumán lo mismo, 9 de julio es fiesta, tienen muy arraigado lo que es la parte histórica, cosa que acá en Buenos Aires eso nunca lo noté. Nunca. Acá pasa como un día más. Para nosotros no porque sí formamos el 25 de mayo, es tradición el chocolate después de cualquier formación, no solamente acá, en todas las unidades es lo mismo. Pero en cuanto a la sociedad, en el interior tienen más arraigado.

Teniente: Hay como más unión. Allá en Mendoza todos los 25 de mayo, los desfiles eran cívico-militares. Desfilaban todas las escuelas, todos los jardines de infantes, todos, y además nosotros.” (Grupo Focal, Colegio Militar, abril de 2011)

Como se desprende del relato anterior, las oficiales explican las diferencias en cuanto al lugar y la imagen que tiene el ejército en las comunidades locales en clave del mayor o menor apego que estas mantienen con los valores y prácticas nacionales tradicionales. En general, el interior del país, a diferencia de la ciudad de Buenos Aires, aparece como el lugar en el que la coincidencia entre las ceremonias oficiales y los festejos populares se explican por la existencia de un mayor sentimiento nacional por parte de la sociedad civil. Al tiempo que el poder unificador de ese sentimiento nacional se materializa en el reconocimiento del ejército como una institución autorizada a festejar, celebrar y transmitirlo. La moralización de las propias prácticas al interior de la vida militar tienen su contrapartida en la moralización de las costumbres de los compatriotas de interior del país. Y así el vínculo de la nación con el ejército no se explica en términos de su democratización sino en función del apego de una idea de nación asociada a identidades tradicionales como el gaucho, el folklore y el campo, a figuras de la religión católica como la virgen de Luján y a la familia patriarcal asociada a valores como el “respeto” a la autoridad. Así lo expresaba una oficial en un grupo focal realizado en diciembre de 2009 en el Estado mayor General del Ejército:

Teniente Coronel: El ejército es una institución muy tradicional. La escala de valores, uno cree en la patria, cree en, bueno, la mayoría somos católicos, y creo que todos compartimos en cierto punto esa tradición, sino no estaríamos acá. Porque es la base de la institución militar. Dentro de, en los últimos años, igual, está que nos bajaban otras cosas, pero básicamente, a uno le importa la patria, la iglesia y la familia.

- ¿Comparten eso?

Todas: Si.

En esta misma línea, Grimson et al (2007: 441) sostienen que esta tradición basada en lo rural, lo patrimonial y lo religioso no se construye desde la diversidad histórica sino desde una homogeneidad anclada en un conjunto de relatos que cuentan los orígenes de la nación y un sentido uniforme de su identidad. De modo tal que el interior del país aparece, para la/os oficiales entrevistadas, como un escenario en el que la relación ejército-comunidad nacional se sustenta en el respeto común a los valores morales tradicionales que son parte de la vida militar, al tiempo que se explica el escaso reconocimiento en la ciudad de Buenos Aires por una pérdida o ausencia de dichos valores morales y cívicos. De este modo, la estrategia de renovación y transformación que busca mostrar a la sociedad que el ejército ha cambiado, que “la gente tiene un concepción errada” y que el “ejército está haciendo bien las cosas”, pendula con otra, mas bien conservadora, que se repliega hacia adentro y vuelve

a sostener un identidad institucional tradicional y detenida en el tiempo que asocia a tradicionalismo con virtudes militares patrióticas.

Ahora bien, ¿cómo conviven ambas estrategias al interior de la vida y la profesión militar? Los trabajos de Badaró (2009) y de Castro (1990) sobre las academias militares de Argentina y Brasil sostienen que un rasgo central de la profesión y la identidad militar es la adscripción a valores morales que se presentan como diferenciados de otras profesiones y del mundo civil. Si bien, lo/as oficiales buscan relativizar esa diferencia mostrando que la profesión militar es igual a otras profesiones y parte como otras de la sociedad, estos elementos en común, que buscan ser destacados, conviven con otros que reproducen la lógica de la diferenciación moral. Ciertamente, lo/as oficiales del ejército quieren dejar de ser vistos como distintos, a pesar de que se sienten y se ven a sí mismos como diferentes al resto de la sociedad. Aquí el deseo de ser parte de la sociedad deja paso a la reafirmación de vínculo excepcional con la nación. Al mismo tiempo iguales y distintos, dentro y fuera de la sociedad, lo/as oficiales se presentan portadores excepcionales del sentimiento patriótico. Veamos estas ideas en palabras de oficiales auditoras de entre 29 y 49 años:

Teniente: Nosotros ya del sólo hecho de ser militares ya tenemos esa partecita más como exaltada del ser argentinos, del ser patriotas ¿no? (...) Uno saca el pecho y dice "mi patria", es como nos pasa normalmente acá en el colegio y decimos ¿y vos de qué provincia sos? Y una decía orgullosa "yo soy de San Juan". Es esa parte del patriotismo que uno tiene de por sí y que, en nosotros los militares se aflora mucho más.

Teniente Primera: Totalmente.

Teniente: A nosotros más que nada que estamos acá y los que estudiaron la carrera militar, no quiero decir que en el resto no, es como que te lo afloran más.

Capitán: Lo demostramos tal vez de otra forma. Siguiendo toda la parte de la historia, las tradiciones, es una institución de muchas tradiciones, una institución que a través de los años se sigue manteniendo. Así como los gauchos con la payada, con la jineteada, con la carrera de sortijas, ellos tienen su forma de demostrarlo y seguir las tradiciones; nosotros tenemos las nuestras y la sociedad también tiene las suyas. Nosotros también formamos parte de la sociedad pero uno cuando ingresa al colegio o cuando ingresa a un instituto de formación del ejército, tiene eso incluido y los van como moviendo a uno y los van llevando a que las tradiciones sean más fuertes. A tener esa parte del patriotismo en cuanto a San Martín, Belgrano, Sarmiento. Uno ve los colores celestes y blancos y se ve y lo siente de otra forma. Uno se levanta a la mañana temprano, se lava la cara, y sabe que hace patria, al igual que el camionero que se levanta y maneja con su camión, al igual que la maestra que va y enseña

con sus libros. Nosotros hacemos patria de esa forma y en todos los puntos del país, ya sea el comunicante, el ingeniero, la enfermero, el bioquímico; todos pertenecemos a la institución.

Para el grupo de oficiales que participó de los grupos focales, la vocación militar se confunde con el sentimiento por la nación. La primera no está separada y funciona como fundamento del segundo. Existe una identificación directa entre su condición de militares y su condición de argentinas. “Yo tengo el sentimiento, soy militar porque lo siento, por un sentimiento de la nación”. El amor a la patria está mediado pero también estimulado por la condición de militares. De este modo, los sentimientos de orgullo y patriotismo que surgen de la vocación y la profesión militar refuerzan la auto-identificación del ejército como portador de virtudes cívicas. Si bien lo/as oficiales buscan tomar distancia de figuras controvertidas tales como “salvadores” o “guardianes” de la patria, se reconocen como miembros de una institución encargada de reproducir y transmitir el sentimiento nacional.

Palabras finales

Si bien, por más de 70 años, figuras tales como “reserva moral de la nación”, “salvadores de la patria”, “creadores de la nación”, “portaestandarte de la nación”, “guardianes de la patria” marcaron no sólo el lugar primordial que el Ejército Argentino mantuvo en su vínculo con la nación sino también el tipo legítimo de agencia que estaba llamado a ejercer en la vida social y política. Sin embargo, luego de las violaciones a los derechos humanos cometidas durante la última dictadura militar (1976-1983) y de la derrota en la Guerra de Malvinas (1982), y en un contexto de pérdida de prestigio y declinación de la elite y de la profesión militar, estas ya no son las figuras hegemónicas que enmarcan las relaciones de reconocimiento mutuo que tanto lo/as oficiales como la institución establecen con la comunidad nacional de la que son parte. Ante lo cual, en la actualidad, lo/as oficiales se ven obligados a reelaborar las representaciones y estrategias con las cuales establecen el vínculo entre la profesión militar y la nación.

En función de los diferentes escenarios en los cuales las tareas profesionales de lo/as militares se desenvuelven en la actualidad (Buenos Aires-Interior del país) y de los espacios de contacto, trabajo o estudio con otros actores sociales “no militares” (calle, trabajo, universidad), y atendiendo al carácter diferencial de las relaciones de valoración o menosprecio que se producen en estos escenarios y espacios, es que se analizaron las estrategias desplegadas por los cuadros para imaginar su lugar en la comunidad nacional. Ante escenarios y lugares considerados hostiles, como a las grandes ciudades – especialmente Buenos Aires- y la universidad pública, en los cuales el desprestigio y desvalorización de la fuerza es mayor por el peso relativo que tiene el pasado dictatorial,

lo/as uniformados despliegan dos estrategias complementarias. Por un lado, buscan mostrarse como parte de una institución renovada cuya representación de nación se acercan a la idea de democracia y; por otro lado, mantienen una posición más intermedia presentándose como una institución moderna y democrática pero “discriminada” e “incomprendida” por una sociedad seducida por los valores del consumismo y la influencia de los medios de comunicación. En cambio, en escenarios y lugares más empáticos donde las instituciones armadas aún mantienen prestigio social, como las ciudades del interior del país, lo/as militares muestran una posición más tradicionalista según la cual una comunidad local más apegada a los valores patrióticos y al respecto de las instituciones reconoce y valora el carácter diferencial de la profesión militar otorgándole un lugar prioritario, lo que se vuelve, a su vez, motivo de orgullo entre los cuadros.

En suma, adentro y afuera, iguales y distintos, cambio y continuidad, democratización y tradicionalismo, decadencia y orgullo son figuras que muestran la relación ambivalente que el ejército establece con la comunidad nacional. Lo interesante es aquí la conjunción copulativa y propia de la categoría sociológica de ambivalencia que une al mismo tiempo que separa ambos elementos sin que ninguno prevalezca. De modo tal que, simultáneamente que se acepta la necesidad de mostrar cambios para encontrar un lugar de reconocimiento al interior de una nación democrática, se produce una reafirmación de valores morales tradicionales que interpretan el presente como signo de decadencia y pérdida de virtudes cívicas y patrióticas. La nación aparece tanto como un elemento aglutinante de valores intersubjetivos que le otorga al ejército un lugar más al interior de la división social del trabajo y del proyecto nacional, como un elemento distintivo que refuerza una posición excepcional vinculada a la figura tradicional de patriotismo. En esta doble inscripción del ejército en la nación democrática y en la idea tradicional de nación, se despliega la agencia histórica de una institución que aspira al reconocimiento social de sus compatriotas pero que busca mantener sus tradiciones y, también, busca modernizarse.

Notas

¹ Badaró (2010: 313-314) muestra que la tasa de aspirantes al Colegio Militar de la Nación descendió a partir de 1984, alcanzando las más bajas de su historia en 1985 con 369 aspirantes. Estos niveles se mantuvieron con aumento relativos hasta finales de 1997 que ascendió a 677 aspirantes.

² Estos grupos focales y entrevistas fueron realizadas en 2010 y 2011 junto con Daniela Bruno, Maia Cichowolsky y Leandro Aramburu en el marco del Proyecto Ubacyt S034 “Las raíces imaginadas de la nación. Representaciones de la nación y la globalización entre diferentes funcionarios del Estado.” y del Proyecto PIP (458) “Representaciones de la idea de nación entre diferentes funcionarios del Estado”.

³ Desde 1994 se vienen produciendo cambios importantes en la vida institucional del ejército y de las Fuerzas Armadas: reemplazo del servicio militar obligatorio por el voluntario, participación en

misiones de paz internacionales, reforma del sistema educativo de las Colegio Militar de la Nación, ingreso de mujeres a la carrera de oficial de cuerpo comando y derogación del Código de Justicia Militar.

4 El Servicio Militar Obligatorio fue reemplazado por el Servicio Militar Voluntario con la sanción de la Ley 24.439 en enero de 1995 por iniciativa del presidente Carlos Menem luego de que un joven conscripto, Omar Carrasco, fuera asesinado a golpes en una Unidad del Ejército Argentino en la ciudad de Zapala, Neuquén.

5 A diferencia de Rouquié (1978) quien entiende estos procesos como una tendencia al aislamiento de los oficiales que redundó en la conformación de una corporación separada del resto de la sociedad y estimuló la irrupción de los gobiernos democráticos, De Privitellio (2010) considera que hasta los años treinta las tareas civilizatorias conectaron a lo militares de manera muy estrecha con el universo civil.

6 Desmalvinizar significaba para los ex –soldados un estado de olvido deliberado alentado por el Estado Mayor Conjunto en 1982 cuando ocultó a las tropas de la gente. La desmalvinización lleva, desde la perspectiva de los ex –soldados, a confundir la derrota y la mala conducción con la justa causa nacional de la soberanía argentina (Guber, 2004: 155).

7 Esta declinación se expresa no sólo en la disminución del reclutamiento de nuevos cuadros que se produjo a lo largo de la década del 90', que hoy se ve revertido por las transformaciones en el plan de estudios de las academias militares, sino también en el aumento de pedido de bajas que se observa en la actualidad, así como en la desmilitarización de los actos públicos durante fechas patrias, la pérdida de áreas de influencia al interior del aparato del estado (separación de la defensa de la seguridad interior), la disminución general del presupuesto asignado a las fuerzas armadas y el consecuente deterioro del equipamiento militar (Frederic et al, 2010)

8 “El ‘civil’ es una es una invención de los militares. No soy “civil”, a no ser cuando estoy delante de los militares y cuando soy clasificado de este modo por ellos.” (Castro, 2009: 25)

Bibliografía

Badaró, Máximo (2006), “La construcción simbólica de la identidad del Ejército Argentino”, en *Entrepasados. Revista de Historia*, Buenos Aires, Año XV, Número 30.

Badaró, Máximo (2008) “El Ejército Argentina y la construcción de un relato institucional sobre la década del '70”, Workshop La gravitación de la memoria: testimonios literarios, sociales e institucionales de las dictaduras en el Cono Sur, Göttenorg, 15-19 de septiembre de 2008.

Badaró, Máximo (2009), *Militares o ciudadanos. La formación de los oficiales del Ejército Argentino*, Buenos Aires, Prometeo.

Badaró, Máximo (2010) “Los aspirantes al ingreso a la carrera militar en el Ejército Argentino”, en Bohoslavsky, Ernesto & Soprano, Germán (Comps), *Un Estado con rostro humano. Funcionarios e instituciones estatales en Argentina (desde 1880 a la actualidad)*, Buenos Aires, Prometeo-Universidad Nacional de General Sarmiento.

Badaró, Máximo (2013) *Historias del Ejército Argentino. 1990-2010: democracia, política y sociedad*, Buenos Aires, Edhasa.

Castro, Celso (1990), *O espírito militar: um estudo de antropologia social na academia militar das Agulhas Negras*, Rio de Janeiro, Jorge Zahar.

Castro, Celso (2009), "Em campo com os militares", en Castro, Celso y Lierner, Piero (comps.) *Antropología dos militares. Reflexões sobre pesquisa de campo*, Rio de Janeiro, FCV Editora.

De Privitellio, Luciano (2010), "El Ejército entre el cambio de siglo y 1930", en Ministerio de Defensa, *La construcción de la Nación Argentina. El Rol de las Fuerzas Armadas*, Buenos Aires, Ministerio de Defensa.

Durkheim, Emile (2003), *Lecciones de sociología. Física de las costumbres y el Derecho y otros escritos sobre el individualismo, los intelectuales y la democracia*, Madrid, Miño y Dávila Editores.

Frederic Sabina et al (2010), "La formación militar como formación moral: transmisión y adquisición de saberes teóricos prácticos en las Fuerzas Armadas" en Frederic, Sabina et al, *El Estado argentino y las profesiones liberales, económicas y armadas*, Buenos Aires, Prehistoria ediciones.

García, Prudencio (1995) *El drama de la autonomía militar. Argentina bajo las Juntas Militares*, Madrid, Alianza Editorial.

Grimson, Alejandro et al (2007), "La nación escenificada por el Estado" en Grimson, Alejandro (comp.) *Pasiones Nacionales. Política y cultura en Argentina y Brasil*, Buenos Aires, Edhasa.

Guber, Rosana (2001), *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*, Buenos Aires, FCE.

Guber, Rosana (2004), *De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, IDES/Antropofagia.

Rouquié, Alain (1978), *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, Tomo 2.

Sabato, Hilda (2010), "¿Quién controla el poder militar? Disputas en torno a la formación del Estado en el siglo XIX", en Ministerio de Defensa, *La construcción de la Nación Argentina. El Rol de las Fuerzas Armadas*, Buenos Aires, Ministerio de Defensa.

Salvi, Valentina (2012), *De vencedores a víctimas. Memorias castrenses sobre el pasado reciente en Argentina*, Buenos Aires, Biblos.

Weber, Max (2008), *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, México, F. C. E.

Zanatta, Loris (2005), *Del Estado Liberal a la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes.